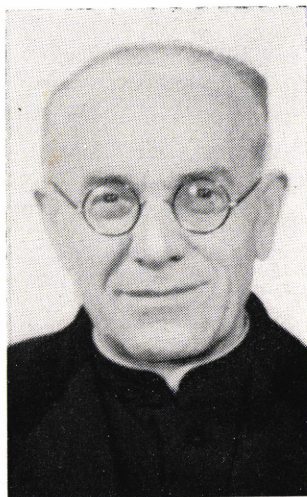


INSPECTORIA SALESIANA «S. JUAN BOSCO»
Ronda de Atocha, 27
MADRID - 5



Estaba muy débil.

El diagnóstico dio como resultado: «Insuficiencia vascular cerebral».

—Ayúdeme a vestirme. —Se le notaba como cansado, sin apenas fuerzas—.

Antes de terminar dice:

—Ahora déjeme, descansaré un rato antes de levantarme. Luego me pone la sotana.

—Don Julián; ¿le parece bien que aproveche este momento para celebrar yo la Misa?

—Sí, vaya, vaya.

Estas fueron sus últimas palabras. Cuando don Jesús Guerra, sacerdote salesiano, que estuvo con él la última noche, volvió de celebrar la Santa Misa, lo encontró como dormido, pero era ya cadáver. Habían dado las nueve de la mañana. Sin agonía, pasó al descanso definitivo. Las Hijas de María Auxiliadora y las novicias coronaron su lecho de muerte; y se inició una ininterrumpida plegaria.

Era el día 8 de agosto, p. p., en El Plantío (Madrid), casa de las Hijas de María Auxiliadora. Falleció, a la edad de 93 años, el «Padrecito», como todos le llamaban

Rvdo. P. JULIAN FERNANDEZ

Se encontraba como capellán de las Hijas de María Auxiliadora.

Había nacido en Reocín de los Molinos, provincia de Santander, el 21 de junio de 1887. Hizo su aspirantado en Villaverde de Pontones, llegando al Noviciado a

Carabanchel en 1905. Los estudios de filosofía los cursa en Carabanchel y Vigo. Santander ve sus primeros pasos en el apostolado salesiano, y allí renueva y hace sus votos perpetuos. Anteriormente había visto su piedad de niño y su inquietud cultural, —por aquel tiempo mantuvo cierta relación con don Marcelino Menéndez y Pelayo—. Tras la teología, es ordenado de sacerdote en Ciudadela (Menorca) el 15 de septiembre de 1914 por Mons. Torres y Rivas.

Pocos años después marcha a la Patagonia, estando allí de inspector el P. Pedemonte. Le destinan a Bahía Blanca. Allí se encontraba el hoy arzobispo de Salta Mons. Carlos Pérez; él nos dice: «... El concepto que tengo del P. Julián sería el siguiente: hombre generoso y sacrificado para el trabajo; sumamente austero en la vida religiosa, y exactísimo en el cumplimiento de sus deberes. En los treinta años de la Patagonia nunca rehusó la obediencia, haciendo siempre el bien sin hacer ruido, como dice San Francisco de Sales...»

En 1927 es nombrado director del Colegio de Nuestra Señora de la Piedad. Enseguida establece las mejores relaciones en el ámbito eclesiástico. Es nombrado asesor de las jóvenes de Acción Católica, asesor de Enseñanza Religiosa de todas las escuelas de la Provincia, censor diocesano, y más tarde le nombran asesor diocesano de las mujeres de Acción Católica.

Enviado en 1943 a Viedma, como director de la casa de San Francisco de Sales, es también llamado para desempeñar cargos similares a los que tuvo en Bahía Blanca. Era un hombre de confianza en todos los medios eclesiásticos, hasta ser Juez presinodal del Tribunal Eclesiástico y director del Consejo diocesano de Enseñanza Católica. Tanto en Viedma como después en San Carlos de Bariloche le llaman las autoridades militares en función de consejero y para la atención espiritual de su gente.

Don Juan Vecchi, del Consejo Superior, nos habla de este tiempo del «Padrecito». «Mis recuerdos pertenecen a mi tierna edad. El P. Julián Fernández fue director del colegio salesiano de mi ciudad natal, Viedma, cuando yo ya había pasado al aspirantado salesiano. Su figura ha quedado grabada en mí por algunas cartas en las que me animaba a perseverar y se manifestaba contento de que un alumno del colegio hubiera emprendido el camino al sacerdocio. Yo sentí un gran aliento por las pocas palabras que intercambiábamos cuando venía a Fortín Mercedes para los Ejercicios Espirituales y por los contactos algo más largos que teníamos cuando yo iba a vacaciones. En todas estas oportunidades su conversación era más bien escueta, noble y sustancial. Resolvía con rapidez las cuestiones prácticas que se presentaban. Probablemente el tipo de conversador que era el P. Julián estaba más hecho

a la medida del adulto que del niño. Mis encuentros con él en Madrid cuando yo era ya sacerdote me revelaron todo otro grado y otro nivel de comunicación en él. Como niño admiré la rectitud, me pareció ver una cierta nobleza intelectual en su modo de expresarse, y no tuve ninguna duda de que se interesaba por nuestro bien espiritual y nuestra vocación».

En 1947 le destinan a San Carlos de Bariloche, entre lagos y montañas nevadas, junto a la cordillera de los Andes. Allí también participa en la vida social como miembro de la comisión municipal de cultura. Su cargo está en la parroquia salesiana. En 1951 le envían de nuevo a Bahía Blanca, aunque por poco tiempo. Allí se encuentra con don Modesto Bellido que, ya es miembro del Consejo Superior, encargado de las misiones. Don Modesto nos dice: «Tuve ocasión de conocerlo, por breve tiempo, durante mi visita canónica a la Inspectoría de la Patagonia en 1950-1951. El P. Julián preparaba en los primeros días de la visita, su vuelta a España. Por cuanto oí, había sido párroco de la parroquia principal de Bahía Blanca, llamada a ser Catedral de la Diócesis. Se hablaba muy bien en todo sentido del P. Julián. Había trabajado con celo y eficacia. Se deseaba por muchos y se rumoreaba, que él iba a ser el obispo de la diócesis.

¿Suplicó dejar la Patagonia y regresar a España para huir de la grave responsabilidad que podría venirle? No me atrevo a afirmarlo, pero no faltan indicios de que hubiera algo en este sentido. De todos modos quedaba manifiesto el gran aprecio en que se le tenía».

En 1951 regresa a España y va de confesor al colegio de Estrecho, posteriormente pasa al colegio de La Paloma y es nombrado capellán de las Hijas de María Auxiliadora. En este tiempo, por el año 1955, es nombrado también capellán de un grupo local del Frente de Juventudes. Desde 1956 va a residir hasta que le sorprende la muerte en la casa de las Hijas de María Auxiliadora en El Plantío. De esta etapa de su vida nos hablan las hermanas salesianas.

Sor Julia Fernández, directora, se expresa así: «Yo conocí a don Julián Fernández una temporada antes de ser destinada a la fundación del aspirantado y colegio de El Plantío. Siempre admiré los grandes conocimientos que tenía de nuestro Instituto y el gran espíritu salesiano que nos transmitía a través de los Ejercicios Espirituales y conferencias en días de retiro.

Muchas veces pensé. ¡Qué suerte si fuera don Julián nuestro capellán! Pero era otro salesiano el que teníamos ya destinado, por lo que ni siquiera me atrevía a decir nada. Cuando me comunicaron que el «Padrecito» sería nuestro capellán, fue para mí una gran satisfacción. En agosto del año 1956 tuvimos la suerte de reci-

birle, y en las primeras entrevistas que tuve con él me entregó un escrito suyo de todas las normas y deberes que se había propuesto cumplir como capellán nuestro, con el fin de que las viera y me enterara bien de sus deberes, y si por algún motivo no los cumpliera, tenía yo que avisarle. Yo, ante todo esto me quedé verdaderamente confundida. Su principal obligación era que, él estaría en todo momento a disposición de la comunidad. Que sería siempre flexible a todo cambio de horario que hiciera falta para un bien común y por disposición de las superiores. Yo puedo decir que durante mi sexenio lo cumplió todo a maravilla y que jamás se metió en nada con la marcha de la casa a no ser que fuese interrogado o se le pidiese paracer sobre algo.

En los primeros años de la fundación me ayudó muchísimo; siempre encontré en él palabras muy alentadoras y acertadas en momentos difíciles. Para mí fue un hombre de gran experiencia y de espíritu tan salesiano que nos transmitía la santidad de Don Bosco y Madre Mazzarello tanto a hermanas como a aspirantes.

Siempre estaba dispuesto a ayudarnos, y efectivamente nos ayudó a poner en marcha jardines, huerta, granja, etc. Era un hombre lleno de vida y de grandes conocimientos; de una cultura extraordinaria. Durante mi sexenio vinieron varios obispos de América a visitarle. Mons. Carlos Pérez, siempre muy efusivo decía que le debía mucho al «Padrecito». Por estas visitas nosotras le llamábamos el «Obispo de El Plantío» y cuando en las fiestas lo sacábamos a relucir, se reía y le agradaba. Nos inculcaba mucho el espíritu de alegría, de familia; era muy amigo de fiestas y le gustaba participar en ellas».

Otro aspecto de esta época nos lo cuenta don Vecchi: «Mis últimos contactos con el «Padrecito» fueron breves encuentros en Madrid. Le visité cuatro veces. Lo encontré siempre lúcido, de una memoria, en la cual se combinaban mucho la capacidad natural para recordar con afecto nombres de personas y lugares, hechos y anécdotas, frases escuchadas de alguna persona en particular... Por lo que me decía sé que recibía cartas y visitas de antiguos alumnos que pasaban por Madrid. Sobre todo vi que el «período argentino» había marcado su vida y que en la ancianidad se sentía ligado a nosotros por el afecto y por la vocación misionera».

De los antiguos alumnos que tuvo en Bahía Blanca, nos ha escrito un gran amigo suyo que hoy ostenta un elevado cargo en Argentina. «No recuerdo su edad creo que había pasado los noventa, pero salvo su dificultad visual, mantenía una envidiable lucidez. No dejé nunca de visitarle a mi paso por Madrid... Fue mi profesor de literatura. Es muchísima la gente que lo admiraba y querrá saber de él. Haré publicar la noticia de su fallecimiento en la «Nueva Provincia» que es un diario que tiene difusión en todo el sur argentino».

El señor Inspector de Madrid, don Cosme Robredo, nos trae algo sobre don Julián que nos puede ayudar a completar la semblanza que ya hemos hecho.

«Don Julián Fernández firmó bastantes composiciones poéticas en los tomos de las Veladas Recreativas con el seudónimo de «JUFER» (Julián Fernández). Auto-didacta, llegó a dominar 9 idiomas, entre ellos el vasco y el árabe. Amante de la buena música.

Se mantuvo siempre al día en sus relaciones sociales. Informado de los acontecimientos políticos, sabía dar su juicio ponderado. Siempre interesado por cuanto atañía a la Congregación y en modo particular a la Inspectoría. Cuantas veces le consulté, que fueron muchas, me animó a exhortar a la fidelidad en nuestro espíritu, a fiar en el Señor y en María Auxiliadora, para acometer nuevas obras y fundaciones, especialmente en misiones.

Sabía ser fiel a lo esencial y abierto al futuro. Era escrupuloso en dar cuenta del dinero que recibía y de su empleo. Igualmente tenía gran preocupación para entregar los estipendios de Misas y limosnas que a él le llegaban.

Dotado de gran personalidad, obedecía con notorio dominio de sí mismo. Pocos días antes de su muerte se había sentido indispuesto, por lo que dispuse que fuera a hacerse un chequeo a la clínica San Camilo; y creyendo que los análisis y consultas ya realizadas eran suficientes, quiso regresar a El Plantío para no pasar la noche fuera de casa. En ese momento llegué yo y consideré que debía continuar en la clínica, en observación. Se lo dije, conversamos, y enseguida cortó el diálogo y, concentrándose dijo: «sólo faltaba que a mis años se me ocurriese desobedecer al P. Inspector», y dirigiéndose a su acompañante le pidió le trajese de El Plantío sus enseres personales».

Durante esos días don Julián fue acompañado por profesores del teologado. De labios del mismo don Julián merecieron elogios y agradecimiento. Hoy también, desde aquí agradecemos esta solicitud, esa disponibilidad al ver la escasez de personal que había en esos días en la casa inspectorial, a cuantos colaboraron con verdadero cariño en acompañar y atender al «Padrecito», como a tantas hermanas que durante años le cuidaron con delicadeza suma.

Don Julián se marchó calladito, pero preparó su viaje, y más que su viaje, su paso por la última estación. Por eso termino esta carta dejando para la reflexión un breve escrito que encontramos entre sus papeles. Podemos, al tiempo que pedimos al Señor por él, orar CON él.

ORACION DE MI TERCERA EDAD

(Al hacer mutis por el foro, sin brusquedades, como el actor después de la ovación...)

¡Señor!, enséñame a envejecer.

*Convénceme, de que nadie, ni superiores, ni inferiores,
me hace desaire, ni desatención al exonerarme de toda responsabilidad,
o no me piden parecer en nada.*

¡Pasó mi tiempo!

*Señor, que no asienta, al contrario, que me alegre,
que sean los jóvenes los que empujen con ímpetu,
que tiren del carro del progreso en la Congregación Salesiana.*



*Jesús, quítame el orgullo de la experiencia que dan los años,
y el creerme como indispensable;
que vea sólo la ley del tiempo,
y no el parecer de los demás en todos los acontecimientos.*

*Perdóname, Señor, si solo ahora, en mis últimos años, en este retiro,
llego a comprender cuánto me has querido y ayudado.
Aviva mi esperanza, querido Don Bosco,
en que, ya que me diste, hasta ahora, pan y trabajo abundante,
me des el Paraíso prometido.*

AMEN.

Madrid, 12 de octubre de 1980

JOSÉ MARÍA DE LA CUADRA
Vicario Inspectorial

